

Segundo Encuentro Internacional de Pensamiento Urbano del GCBA

Fernando Ostuni^{1,2}

Durante los días 28, 29 y 30 de agosto se llevó a cabo el “Segundo Encuentro Internacional de Pensamiento Urbano” organizado por el Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires. El ciclo, titulado “Microscopías Urbanas”, convocó a intelectuales y artistas locales y extranjeros con el objetivo de renovar el diálogo y abrir el debate sobre las problemáticas que atraviesan las ciudades contemporáneas. Se realizó un importante esfuerzo de organización y despliegue técnico, que permitió contar con la presencia (ya fuese a través de la red o en vivo y en directo en el propio teatro) de intelectuales de la talla de Andreas Huyssen y David Harvey (encargados de la apertura y el cierre), John Berger, William Mitchell, Néstor García Canclini, los escritores Marcelo Cohen, Patricia Silva y Pedro Lemebel (cuya mesa sobre literatura y urbanismo fue, sin lugar a dudas, uno de los momentos más destacados de las jornadas), Carlos Chile y Patricia Lescano (referentes del Movimiento Territorial de Liberación y de la Cooperativa “El Ceibo” respectivamente), del crítico de cine (y también realizador) Thierry Jousse, por sólo mencionar a algunos. En este encuentro se apeló claramente a la necesidad de abordar la ciudad

como una entidad compleja, desde un criterio que extienda las fronteras convencionales de la interdisciplina, incorporando una gama de actividades y saberes que comprenden las perspectivas de sociólogos, antropólogos, dramaturgos, urbanistas, cineastas, dirigentes sociales, geógrafos, artistas plásticos y arquitectos.³

Graciela Speranza, responsable del proyecto, señalaba algunas de las dificultades que genera el esfuerzo de pensar las transformaciones urbanas en nuestros días: “¿Dónde termina la ciudad y empieza el campo? ¿Dónde acaba el centro y empiezan los arrabales?”. Aquellas preguntas clásicas sobre la relación entre la ciudad y el campo y sobre el centro y la periferia, se recuperan en un contexto donde dichos límites son nuevamente difíciles de establecer en forma nítida, al calor de la compleja articulación entre las transformaciones globales y la constitución local del territorio. Esas relaciones imponen en las metrópolis de las regiones dependientes la necesidad de revitalizar la pregunta sobre sus tensiones y su lógica segregadora.

El escritor y crítico inglés John Berger recreaba estas tensiones en su video-conferencia. Si las ciudades constituyen un lugar privilegiado para lo inesperado, en tanto representan el espacio para favorecer diferentes tipos de interacción e intercambio entre las personas, el campo aparece represen-

tado como el lugar de las certezas. Su ritmo diferente permanece subsumido al carácter cíclico que le imponen los tiempos del cultivo y la cosecha.

Esa diferencia de tiempos y ritmos queda plasmada en las narrativas urbanas y rurales y en los modos en los que la historia se escribe y transcribe en cada uno. En las ciudades la historia queda registrada en la tangibilidad de sus muros, en su arquitectura. En el campo, el pasado existe en la palabra, su transmisión permanece en los relatos orales (historias, chismes). Esta diferencia se traslada, apuntaba el escritor y crítico Matías Serra Bradford, en las diferencias narrativas que presentan el rock (urbano, cinematográfica, fragmentado) y el folk (relatos épicos, historias de vida de figuras heroicas).

La ciudad, ámbito privilegiado de recepción de emigraciones de diverso tipo, promueve intercambios impersonales y abstractos. En una suerte de emulación a la mirada del filósofo y sociólogo alemán Georg Simmel⁴ sobre la metrópolis, la multiplicidad de estímulos, de interacciones, la creciente especialización y el predominio de lo cuantitativo sobre lo cualitativo propio de la vida en la ciudad (que conformaban, para Simmel, un tipo especial de actitud psíquica de indiferencia, *blasée*) llevan, dice Berger, a que el habitante de las ciudades experimente un tipo especial de soledad.

¹ Área de Estudios Urbanos, Instituto de Investigaciones “Gino Germani”, Facultad de Ciencias Sociales, UBA.

² Agradezco los comentarios y sugerencias de la profesora Hilda Herzer.

³ Si bien la variedad y jerarquía de los expositores ameritan comentarios pormenorizados sobre cada intervención, por razones de extensión me limitaré a mencionar sólo algunas.

⁴ Para ampliar estos planteos, véase Georg Simmel (2002); *Sobre la individualidad y las formas sociales*, Bernal, Ed. Universidad Nacional de Quilmes. Particularmente el ensayo “La metrópolis y la vida mental”.

Respuestas a “la crisis”: desde el pensamiento utópico y la organización social

Las líneas trazadas sobre el carácter trascendente de los cambios que atraviesan las ciudades dejan sobrevolando en algunos momentos la idea de la eventualidad de una crisis. Desde perspectivas bastante diferentes este elemento estuvo presente en el encuentro. Fue aludido en un sentido ligado a las dificultades de las aglomeraciones actuales para alcanzar un modelo de desarrollo sustentable en términos energéticos. Pero también apareció en las presentaciones de dos representantes de organizaciones sociales locales que desempeñan un papel importante en el escenario que se configura a partir de la crisis de 2001.

El diagnóstico que formulaba el arquitecto William Mitchell sobre la crisis real y potencial del consumo energético en las ciudades (donde la industria de la construcción y el transporte utilizan la mayor parte de los recursos) resaltaba la necesidad de pensar propuestas radicales de sustentabilidad urbana y energética. Su proyecto de un “City Car”⁵ des-

⁵ Se trata de un proyecto de vehículos individuales de uso público, que funcionan con energía solar y articulados con la red de transporte existente. De este modo, mejorarían la conectividad de los puntos alejados de los accesos a estaciones de trenes y subterráneos, actuando como reemplazo del automóvil personal que funciona con combustibles fósiles. El diseño del “City Car”, elaborado por el grupo que dirige Mitchell en el Massachusetts Institute of Technology (MIT), presenta propuestas novedosas sobre los mecanismos de conducción del vehículo, con un tablero sin volante y con información sobre el espacio en el que se transita (mapas de área, estado de las calles, etcétera).

cansa en una lectura muy lúcida sobre el impacto de la era digital en la ciudad y de la importancia de pensar en formas de utilizar esas tecnologías para mejorar la calidad de vida de sus habitantes. Más interesante que pensar en la viabilidad de dicho proyecto (sobre todo si se tiene en cuenta, como señalaba con lucidez Matilde Sánchez –coordinadora del encuentro–, el entramado de intereses que una propuesta de esas características afecta, como la industria automotriz y los intereses ligados a la producción e industrialización del petróleo) es atender al modo en que Mitchell recupera el pensamiento utópico. O, mejor dicho, del tipo de apropiación que puede hacerse de la utopía de sus planteos: como forma de ensayar sobre las potencialidades de los cambios tecnológicos y sus usos sociales.

Desde la perspectiva de los movimientos sociales se presentaron dos respuestas a situaciones de crisis. La primera corresponde a la Cooperativa “El Ceibo”. Se trata de una agrupación que nace a partir de la ocupación de inmuebles en desuso para utilizarlos con fines habitacionales. Con el tiempo, incursionó en la organización de una cooperativa de trabajadores cartoneros. Después de un trabajo de ‘reeducción’ de los consumidores, realizado en los consorcios de un gran radio barrial, los recuperadores de “El Ceibo” han logrado imponer una disciplina más racional al reciclaje. Los miembros de “El Ceibo” participan de distintos ámbitos de discusión con el gobierno local. Y desde esa experiencia señalan la necesidad de una mayor articulación entre las áreas de medio ambiente y desarrollo social.

Carlos Chile, referente del Movimiento Territorial de Liberación (MTL), explicó con claridad la coexistencia de lo que llama “cuatro ciudades dentro de Buenos Aires”.⁶ El MTL es una de las tantas organizaciones que expresan la crisis habitacional de la ciudad y la resistencia a los desalojos de sectores de bajos ingresos. En el marco de la ley 341 de la Ciudad (de apoyo a proyectos de construcción de vivienda por cooperativas autogestionadas), la organización construyó una empresa social que lleva adelante un interesante proyecto de viviendas para trabajadores de la organización en el barrio de Parque Patricios. En el marco de ese proceso, realizan capacitación en oficios con el objetivo de recuperar la cultura del trabajo y de la organización.

Miradas sobre la segregación socioespacial

El esquema de “cuatro ciudades dentro de una” agrega al escenario de soledad mencionado más arriba otra imagen: la puja entre ricos y pobres. Ese conflicto también produce huellas en la forma urbana, en sus mecanismos de segregación socioespacial más sutiles y en aquellos más drásticos. Las murallas asimétricas que separan a los pobres de los ricos se instalan, según la antropóloga brasileña Teresa Caldeira, como una estrategia de diferenciación incluso entre los propios pobres.

Bajo la dinámica de la desigualdad, las ciudades adquieren una nueva

⁶ Incluso trazó referencias geográficas para su delimitación: Puerto Madero, Rivadavia hacia el Riachuelo, Rivadavia hacia Córdoba, Córdoba hacia el norte.

configuración. Por un lado, existe la separación social, como manera de reproducción de las desigualdades. Luego, el espacio urbano aparece como un producto cultural, como el ámbito privilegiado para combatir la desigualdad.

Concentrando su análisis en el caso de San Pablo, Caldeira sostiene que los muros responden a las necesidades y demandas de seguridad, discriminación y distinción. Responden al modelo ideal de los espacios fortificados. De esta manera, se configura un nuevo tipo de relación con el espacio público basada principalmente en su negación, y vinculado a un nuevo contexto de desigualdad como razón estructurante. Se desarrolla un nuevo código ligado al creciente peso de lo que la investigadora llama una “estética de la seguridad”: el muro garantiza estatus social y diferenciación. Se trata de una lógica que llega también a las afueras, a los barrios populares. No obstante, en esa negación de lo público hay un elemento referente a lo público que persiste, en el sentido de que expresa un sentir generalizado.

Sobre esta idea de los muros como lógica de diferenciación en el marco de la profundización de las desigualdades, se construyen identidades que reúnen elementos culturales de los segmentos de la población y que toman referencias físicas (en este caso, “el puente”) como división y frontera. El “hip hop”, los grafitis y las pintadas, son tres expresiones de esa construcción de identidades culturales de la población pobre de las afueras de San Pablo.

Aquellos barrios originados por un modelo de desarrollo que en la actualidad pierde fuerza son el escenario de los “rappers”. Identificándose como “pobres y negros”, establecen límites y presentan dicotomías entre el “acá” y el “allá”; en la descripción del “acá” hay un mundo de pobreza, violencia y drogas, del que sólo se le habla a los hombres (no hay referencias a las mujeres en las letras de rap paulista). Y entre uno y otro mundo lo que se traza es un relato de denuncia de los antagonismos sociales y racismo.

A diferencia de los “rappers”, los “grafiteros” no se quedan en el barrio sino que toman toda la ciudad como ámbito donde dejar su huella; a medida que los muros se van inscribiendo, usurpan el espacio público en una ciudad que se privatiza. Sus pinturas suelen tener motivos de denuncia, que refieren a situaciones de desigualdad y racismo. Los “grafiteros” mantienen una relación cordial con el gobierno local, que interpreta sus acciones como embellecedoras del espacio público (sobre todo durante la gestión del PT).

La otra cara de esta expresión se inscribe en las llamadas “pintadas”. Se trata de una iniciativa que busca dejar marcas en zonas de difícil acceso (chimeneas de fábricas en desuso, paredes de importante altura): más transgresoras que los grafitis. Tienen incluso una caligrafía propia en San Pablo. De carácter más anárquico, se plasman en lugares de difícil acceso. Están asociadas con la idea de desfigurar y ensuciar el espacio público. A diferencia de los grafitis, las pintadas no cuentan con el apoyo del gobierno. Es más, el

gobierno hace todo lo posible por desalentar esas acciones.

Imaginarios culturales urbanos y miradas estructurales

La perspectiva de Caldeira puede articularse con la importancia que el profesor de literatura alemana y comparada de la Universidad de Columbia, Andreas Huyssen, asigna a la investigación de los procesos culturales urbanos. Las ciudades han sido transformadas por los procesos de urbanización, por alteraciones de carácter transnacional, por desarrollo masivo del turismo y la cultura (que alteran la percepción global del mundo). La literatura que analiza estas transformaciones presenta una suerte de minusvaloración de la dimensión cultural en estos procesos. ¿Qué rol juegan la imaginación, los marcos discursivos en la percepción (y resistencia) a la globalización? El análisis de los imaginarios urbanos brinda una herramienta para superar las limitaciones metodológicas de la historiografía en un intento por poder explicar cómo opera la dimensión cultural en aquellos cambios que suelen abordarse desde miradas generalizantes o excesivamente particularistas.

A comienzos de los noventa, el proceso de globalización fue estudiado principalmente desde la economía y la tecnología y demuestra cómo los cambios operados en esas esferas se articulaban en la ciudad como unidad territorial que actuaba de soporte. Así, se recuperó la pregunta mencionada más arriba, acerca de los límites de la ciudad, ya no sólo en relación con el campo, sino con otras ciu-

dades en otros puntos del globo. Es así que desde mediados de los noventa, el discurso de la globalización se articula con trabajos sobre las ciudades, haciendo hincapié en cómo estas se vuelven más dependientes de su capacidad para construir una imagen urbana que atraiga a la economía y al poder. El neoliberalismo influye en un resurgir de las ciudades en los EE.UU. (que cargaban, hacia fines de la llamada “edad de oro” del capitalismo, con el estigma de ser lugares de criminalidad, drogas, de áreas centrales fuertemente degradadas). En este sentido, la intensificación de los procesos de urbanización contradice las predicciones elaboradas hasta fines de los setenta, según Huyssen, por la mayoría de los estudiosos de las ciudades.

Las transformaciones mencionadas convierten a la ciudad en un fenómeno cada vez más complejo, como una amalgama de experiencias y de prácticas espaciales variadas. Hoy en día no hay, para Huyssen, ciudades que sean “localidad pura”, monoculturales, que no estén “contaminadas” por los procesos globales. No obstante, los procesos culturales en las ciudades no pueden abordarse desde miradas triunfalistas, que sostienen la tesis del desarrollo creciente de una cultura global, como tampoco desde el lamento apocalíptico respecto de la subordinación de las culturas locales a la uniformidad generalizada. Desde cualquiera de esas perspectivas es muy difícil abordar la complejidad de un mundo que ya no es bipolar. Es necesario reconocer la articulación entre las diferentes culturas, haciendo hincapié en los procesos locales de transformación. La ciudad

es, así, un ámbito en el cual los procesos globales, antes que imprimirse unilateralmente, se “condensan”. Y los imaginarios urbanos constituyen un lugar de encuentro, de cruce, entre lo local y lo global, que no se excluyen.

Entonces Huyssen considera necesario revisar de qué forma se aborda la relación entre lo local y lo global. El término “ciudad global” surge como una forma de referirse a los centros de la economía mundial. Luego, otras perspectivas pusieron el acento sobre el modo en que la idea de “ciudad global” constituye una forma de restablecer la mirada moderna de ciudad avanzada, que excluye otras formas. Por esta razón es necesario construir una noción alternativa de ciudad mundial, capaz de incorporar las realidades de otras latitudes.

Para avanzar en dicha tarea, habría que lograr romper lanzas con la dicotomía global/local porque se trata de un criterio homogeneizante, que no reconoce matices ni tampoco ofrece una nueva perspectiva sobre los procesos actuales. Al mismo tiempo, actúa como sustento de miradas “anti-globalización” (que reducen la cultura al avance del americanismo) y “proglobalización” (que, desde un optimismo desmedido, desatienden la importancia de las configuraciones locales de dicho proceso).

Este escollo invita a revisar la propia idea de modernidad, entendiéndola como un fenómeno que no puede ser circunscrito al mundo occidental. Las colonias decodificaron la modernidad y, en ese proceso, la dotaron de sentido. En las ciudades no occidentales, entonces,

hay modernidad y globalización. Por tal motivo, es necesario analizar las megaciudades del Tercer Mundo y su rol en el proceso de globalización cultural. Porque, como plantea Huyssen, el mundo es menos global que lo que el discurso globalizador sugiere. Y en esta tarea se revitaliza la importancia de los discursos culturales que hablan de los imaginarios urbanos.

En el marco de las jornadas hubo planteos divergentes, pero fue el geógrafo David Harvey quien aportó el más contundente. Su conferencia comenzó con un balance sobre la experiencia de las corrientes de izquierda y progresistas en los últimos 30 años. Hacia los años sesenta los medios intelectuales de izquierda advertían sobre el peligro del economicismo (que ocluía la importancia de la cultura y los componentes subjetivos de los procesos sociales y políticos) y de las miradas productivistas sobre la sociedad. Dentro de esta corriente crítica, Harvey enfatizó las dificultades de los análisis marxistas para integrar la dimensión espacial a su perspectiva.

Pero las consecuencias que estas críticas imprimieron al desarrollo de las corrientes intelectuales progresistas y a los trabajos académicos elaborados desde una perspectiva de izquierda llevaron a un abandono desmedido de los estudios de economía política. Y, más aún, a chocar con una creciente dificultad para pensar en la política real con un criterio emancipador.

Los excesos de los sesgos culturalistas en los medios intelectuales llevan a Harvey a recuperar aquella reflexión de Gramsci que dice que

cuando las cuestiones políticas son abordadas como asuntos culturales es imposible encontrar las respuestas. El abandono de los problemas y de las preguntas de la economía política por temor al economicismo (cuando no por caer lisa y llanamente en las modas intelectuales que todo clima de época acarrea) tiene como consecuencia la ausencia de discusiones profundas y de planteos sobre cómo alcanzar una economía política alternativa. Así, para Harvey es necesario desarrollar “más y mejor economía política, alternativa a lo que ha construido el capitalismo”.

Podría decirse que la importancia de volver a poner el foco de la atención sobre las preocupaciones por el desarrollo de la economía y la política conllevan la necesidad de incorporar con fuerza análisis que tiendan a producir conocimiento sobre el rol que asumen los estados. Pues en el proceso complejo de implementación de políticas de corte neoliberal, el Estado no abandona en ningún momento la acción. Y esto constituye un elemento ineludible de todo análisis que pretende estudiar cómo se vinculan estas transformaciones con los cambios en las ciudades.

En este punto, sostiene Harvey, es fundamental indagar sobre cómo el Estado interviene activamente en la creación de un entorno amigable a los negocios en detrimento de la población. Refiriéndose específicamente al caso de Nueva York, pero de un modo lo suficientemente claro en su interpretación como para recuperar esa perspectiva, es importante destacar la importancia de pensar en la ciudad lítica. Las políticas neoliberales en

las ciudades se inscriben en un esfuerzo por fortalecer y favorecer las necesidades de las instituciones financieras y de servicios avanzados, que reclaman se privilegie el clima de negocios a costa de la totalidad de la ciudad. En la medida en que dicho núcleo de afinidad no se vea alterado, podrán suceder movimientos en pequeña escala que funcionen por un tiempo limitado como espacios alternativos de resistencia y participación. Pero inevitablemente persiste el riesgo de que sean reabsorbidos por la dinámica dominante.

Esta reflexión invita a recuperar aquello que se mencionaba más arriba sobre la ciudad como escenario de conflicto entre sectores sociales antagónicos. Según observaciones de Harvey, las pujas entre los distintos grupos habrían quedado reducidas a la expresión de escenas locales, difíciles de extrapolar y de articular en tanto quedan limitadas territorialmente. El intento de confrontar con lo central en lugar de concentrarse en áreas mínimas debe ser aprehendido de la propia experiencia del capitalismo, que ha resuelto muy bien sus crecientes necesidades de cambiar de escala: de tomar grandes ciudades como centro de poder, pasó al desarrollo de regiones metropolitanas, y luego a la recuperación de los centros para la satisfacción de la dinámica global de la economía.

Ahora, cabe preguntarse (siguiendo el planteo del antropólogo Alejandro Grimson en diálogo con el propio Harvey) sobre qué actores o sujetos colectivos tienen o pueden llegar a tener la capacidad de intervenir en esa dimensión estratégica. Sobre todo si se intenta

articular esa cuestión con una perspectiva territorial. Se trata de un interrogante que, aunque encuentre una respuesta satisfactoria y taxativa, debe ser tenido en cuenta en el momento de reflexionar sobre estos temas porque, de otro modo, se corre el riesgo de elaborar discursos teleológicos sobre cómo deberían dirigir sus estrategias actores cuya intervención no queda muy en claro, sobre todo en el dificultoso proceso de construir nuevas fronteras entre “lo global” y “lo local”, y entre aquello que llamamos “urbano” y aquello que no debería interpretarse como tal.

En este punto aparece la tentación de señalar la productividad potencial de una estrategia que combine los planteos de Huyssen y los de Harvey: combinar los análisis de los procesos que habitualmente llamamos estructurales con una mirada sobre el complejo entramado cultural que se produce en el marco de la tensión global-local. Tal vez sea esta la forma de construir una vía para analizar cuáles son los actores colectivos que participan de estos procesos (en la gama de situaciones intermedias que pueden existir entre la promoción y la resistencia a los mismos), qué alcances tienen sus iniciativas, con qué medios cuentan y cuáles son sus limitaciones.

Aunque, tal vez, no sea necesario intentar producir abordajes en las fronteras de esas miradas. Quizá sea más interesante y productivo trabajar sobre la tensión que una y otra perspectiva presentan, y así evitar el riesgo de incurrir en la búsqueda infructuosa de un “justo medio”.

Balance final

Si fuese necesario hallar elementos comunes en las diferentes exposiciones sobre la ciudad, la identificación del espacio urbano como un ámbito de contrastes sería definitivamente el más claro. Se trata de un escenario donde las diferencias se acentúan y la segregación adquiere nuevas características a partir de las transformaciones generales de la sociedad, donde coexisten los barrios populares con las urbanizaciones privadas y las “torres country”, exponentes de la llamada “arquitectura del miedo”. Frente a esta cuestión hay que rescatar la pregunta que dio origen a la realización del evento: “¿cómo escapar a la lógica cada vez más generalizada de reclusión y exclusión que pautan los nuevos límites de las ciudades? ¿Cómo redemocratizar el espacio público? ¿Cómo revitalizarlo con nuevos vasos comunicantes?”. La exposición de esta multiplicidad de miradas sobre los problemas urbanos puede constituir un punto de partida para pensar estrategias y políticas viables.

Siguiendo estas preocupaciones, es importante destacar una ausencia notable. Se trata de la experiencia y mirada que tienen sobre la propia ciudad aquellos que participan de ella *desde los espacios de representación*. La gestión, por llamar de un modo genérico a la administración de lo público, espacio difuso que atraviesa la acción política y la organización burocrática del Es-

tado, como relación y como aparato, juega un papel importante en el diseño de estrategias, pero también en la producción de representaciones sobre la ciudad. Ya en el siglo XIX, el inglés Charles Booth producía, desde la función pública, el primer “análisis georreferenciado” de la segregación espacial. Aquella pionera aplicación de la mirada cenital sobre la ciudad acompañaba la voluntad de intervenir en la pobreza urbana con una clara voluntad de fortalecer los mecanismos de control social y de disciplinamiento de la clase trabajadora frente al doble peligro de, por un lado, la marginalidad y la delincuencia y, por el otro, la combatividad obrera. La alteración sustancial de la morfología de la ciudad de París de la mano de Haussmann también se inscribía en esa línea, de impresión de racionalidad modernizante luego de la convulsión de la Comuna y en plena resolución de la primera crisis capitalista, como señalase durante el encuentro el propio David Harvey. Los numerosos ejemplos que podrían agregarse no harían más que ilustrar de qué modo el gobierno y el Estado intervienen en la forma en que producimos, vivimos, transitamos y percibimos la ciudad.

En este sentido, tal vez hubiese sido interesante escuchar, junto con los aportes de académicos, artistas y referentes de organizaciones sociales (cuya presencia se redujo a sólo dos casos) aquellos provenientes de los propios res-

ponsables de las políticas llevadas a cabo por el gobierno de la ciudad. Los cruces y sinergias entre personas y actores de diferentes ámbitos se hubiesen nutrido de otra perspectiva. Y, en algunos casos, podrían haberse puesto en común algunas experiencias. Por ejemplo, ¿qué tiene para decir la ciudad de Buenos Aires frente al proceso de implementación del programa “Favela-Barrios” en Brasil? ¿Es una experiencia transferible? Carlos Chile planteaba la necesidad de optimizar los recursos que el Estado posee y, al mismo tiempo, garantizar el acceso de los bienes que produce a la población que a priori se considera destinataria. Ese tipo de visiones evidencian la necesidad de incorporar miradas provenientes del sector público. No sólo por la importancia de la discusión, sino por el hecho de asumir otras perspectivas que, como se ha dicho más arriba, afectan el modo en que pensamos y experimentamos.

Transcurrido el encuentro, hay que decir que se trató de una experiencia por demás interesante y rica en cuanto a la calidad de los expositores, a muchas de las discusiones por estos vertidas y, sin duda, al esfuerzo de organización que implicó. No obstante, persiste la incógnita sobre cómo se recuperan las discusiones, los aportes, las ideas, entendidas como puntapié para pensar en líneas de acción e intervención sobre la ciudad. Más bien lo que quedan son preguntas, lo que, por supuesto, no es poca cosa.